

LOS CAIDOS

9.



clandestinidad

ngc 3660



EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Su nombre es Armor, y su identidad desconocida. Posee una servoarmadura de alto secreto militar capaz de rivalizar contra escuadrones enteros, y es una amenaza para toda la ciudad. Ejército, policía y los Caídos van tras él, pero nada se interpone en su camino.

#009: Clandestinidad

Autor: Magnus Dagon

Ilustración de portada: Ángel Romero

La situación se volvía cada vez más incontrolable. Una aproximación directa había fallado. Era el momento de volverse más sutil. De recabar toda la información que fuera posible obtener...

James Sky sintió una punzada de culpabilidad nada más llegar a la sala de baile, acompañado de Emma Blades, cogida de su brazo. Porque en teoría estaba allí para ejercer de espía y jugar a la política, y por eso estaba aceptando ir a un lugar como aquel, en el que nada se le había perdido desde hacía mucho tiempo.

Pero nada más llegar allí y ver el ambiente que le rodeaba, comprendió que era muy probable que llegara incluso a disfrutar con aquella parte de su misión en el interior de aquel bullicioso y concurrido local.

Esa clase de recintos eran de los que más notaban las consecuencias de la Guerra de las Ocho Colonias en Ernópolis I. No sólo por la presencia habitual de toda clase de rangos militares, también refugiados que habían solicitado asilo, extranjeros que no se atrevían a regresar a sus mundos de origen y personajes de la alta sociedad que no querían que se olvidara su existencia solían darse cita en lugares como aquel.

Aún tenía jaquecas continuas debido a la salvaje colisión de la que fue testigo involuntario, y no tenía intención de salir a la pista aunque su pareja insistiera en ello, cosa que tampoco veía probable. No tardó en darse cuenta de que en realidad Blades frecuentaba lugares como aquel, boquilla en mano, más por lo que pudiera escuchar que por lo que pudiera disfrutar.



Era una abogada metomentodo y problemática, sin duda. Pero no podía evitar pensar que había algo de esa actitud que le resultaba, en cierto modo, irresistiblemente atractivo. Tal vez un elemento subversivo, o rebelde.

O tal vez todo eso sólo estaba en su imaginación y se estaba dejando manipular de manera consciente y deliberada.

Se sentaron en una mesa apartada de los pasillos más concurridos, lo que tampoco la ubicaba en ninguna parte especialmente tranquila, y Blades pidió un whisky con hielo. Sky no pidió nada.

—Estoy de servicio —se limitó a decir.

—Por lo que veo nunca puedes olvidarte de tu trabajo.

—Más de lo que imaginas —contestó esbozando una leve, levísima sonrisa, que no trataba de expresar el más mínimo atisbo de felicidad.

—Dime James, ¿crees que tenemos ya la suficiente confianza como para que me hables de ti mismo y ciertas cosas de tu pasado?

—No te rindes, ¿verdad? —contestó Sky desafiante—. Mira, he venido a pasar un rato, y eso es todo. No me intentes tirar de la lengua, y menos en un sitio como este.

—Vamos, los dos sabemos que esta clase de lugares son perfectos para interrogatorios encubiertos. Nada hace a un semejante querer confesarse más que estar en un ambiente como éste, donde se pasa de la indolencia a la más brutal sinceridad en cuestión de segundos.

—No te andas con tonterías, Blades.

—No seré policía, pero yo también me muevo en muchos tipos de ambientes no recomendables.

—¿Acaso hay algún ambiente recomendable en esta ciudad? —contestó Sky mirando a todas partes de la sala.

—¿A quién buscas?

—Seguro que eres capaz de adivinarlo por ti misma —contestó sin desviar la mirada.

—Está allí, si es a él a quien te refieres. Pero déjame decirte que tienes muy mal gusto si prefieres estar con él antes que conmigo —añadió Blades aspirando humo con descaro.

Como Sky sospechaba, Blades había acertado de lleno. En la mesa que señalaba estaba el Coronel Straxus, con cara de no muy buenos amigos. Parecía ajeno a toda la celebración que le rodeaba, más aún, parecía molestarle todo ese ambiente festivo. Sky notó que estaba armado,



incluso allí, donde había una especie de acuerdo tácito de neutralidad por miedo a que una discusión política pasara a palabras mayores. Aquel hombre era un polvorín ultraradical a punto de estallar en cualquier momento.

Y junto a él estaba sentado alguien que era como una mecha encendida.

—Vamos Blades, creo que estaremos más cómodos en aquella mesa —dijo cogiéndola de la mano. Ella no se resistió ni un milímetro. La posibilidad de obtener información adicional, tanto de él como del Coronel, era demasiado tentadora como para poder resistirla. Y si algo había aprendido de Blades era que su necesidad de información era tan acuciante como la que un cazador profesional tenía por coleccionar trofeos.

Nada más llegar los ocupantes de la mesa dejaron sitio para la pareja recién llegada, echándose a un lado. Era lo bueno de ir acompañado de una hermosa mujer, pensó Sky. Abre muchas más puertas que la mejor y más reluciente de las placas policiales.

—Vaya, Jefe Sky, cerebro encontrarle aquí —comenzó Straxus invitándole a que se sentara a su lado—. Y su preciosa acompañante es...

—Emma Blades, Coronel —dijo ella sin necesidad alguna de ser presentada.

—Creo que ya conoce a mis guardaespaldas. Y este caballero que está a mi lado es...

—John Scream —acabó Sky sin dejar mediar un segundo.

—¿Ya se conocían?

—Fui admirador suyo en el pasado, cuando era no más que un simple piloto espacial y yo era no más que un simple policía.

—Simple es una palabra muy poco ensalzadora, ¿no cree, Jefe Sky? —comentó Scream haciéndose el inocente—. Estaba hablando con el Coronel acerca del incidente con aquella nave que se estrelló cerca de su comisaría, pues me tiene muy intrigado.

—Y yo le insistía al ex Capitán Scream que no tiene nada de lo que preocuparse, pues a la nave no le pasaba absolutamente nada. Sólo ocurrió que...

Un estruendo asoló el cielo y todos miraron por los ventanales. Desde su punto de vista pudieron ver una explosión más grande que las demás abrirse paso entre los pliegues estratonímbicos de la Nube. Hubo un ligero silencio que interrumpió la música de fondo de la sala. Pero pronto la fiesta disipó las dudas y temores con sus saxofones y trompetas sonando a un ritmo despiadado.



—Como decía, y acaba de confirmar este acontecimiento, las bajas son habituales e imprescindibles en toda guerra que se precie de llamarse así.

—Lo dice casi con un sentimiento de orgullo, Coronel —apuntó Blades de repente con osadía.

—Así es, señorita. Porque esa gente no muere en vano. Muere defendiendo aquello en lo que más creen, lo que permite que nosotros estemos aquí sentados en este momento. Y déjeme decirle algo, no se engañe por mis ropas y mi actitud. Mi carrera fue más que peculiar, pues inicialmente era científico para luego desear complementar mi formación como soldado raso. Tenía el rango de teniente por ser investigador, pero en el terreno de batalla incluso un alférez me hubiera podido dar órdenes. Tardé mucho en convertirme en coronel a efectos reales y prácticos.

»De modo que conozco la guerra en sus múltiples aspectos y sí, puedo confirmar que es orgullo lo que ha notado en mi voz.

—Así que fue usted investigador, tal vez siga siéndolo —prosiguió Scream, buscando resquicios por los que aproximarse a su objetivo—. Me pregunto qué clase de fascinantes experimentos estarán llevando a cabo en estos momentos. ¿Armas más rápidas y letales? ¿Alguna clase de mejora de equipamiento básico?

»¿Servoarmaduras, tal vez?

Hubo un ligero silencio en la mesa, de apenas uno o dos segundos. Un silencio provocado por Scream y secundado por los que estaban a su alrededor. Algunos callaban porque su misión sólo consistía en vigilar. Otros callaban porque deseaban escuchar la respuesta, y un cómplice silencioso callaba para no estropear la estrategia de su amigo, sea cual fuera.

Los motivos por los que Straxus calló, sin embargo, sólo él los conocía, aunque algunos presentes pudieran elaborar sospechas al respecto.

—Vamos, ex Capitán —enfaticó lo de *ex* de una manera casi imperceptible hasta para él mismo, pero existente en su tono de voz—. Imaginará que no puedo ir hablando de esas cosas, ¿o puede usted contarme cómo son las últimas naves que ha diseñado, si son más rápidas o —se incorporó hacia delante— poseen sofisticado armamento?

La mesa se estaba empezando a convertir en un velado terreno de batalla dialéctica, y en aquel momento Scream acababa de recibir un golpe contra las cuerdas. Sky no dijo nada, sólo esperaba a ver desarrollarse los acontecimientos.



—Ya conoce los modelos que Gorgon Enterprises ha puesto a la venta en el mercado. Créame, en estos momentos es posible que yo sea la persona menos interesada en instalar armas en ninguno de mis prototipos.

—Me consta, sin duda. Y no diré que no lo lamento. Ahora, si me disculpan —terminó Straxus levantándose de la mesa e indicando a sus guardaespaldas que hicieran lo mismo— debo marcharme a la base, importantes asuntos requieren mi atención.

—¡Cuídese, Coronel! —acabó Scream saludando de manera vaga con la mano.

Blades pidió otra copa y le miró mientras evitaba reírse.

—Os conocéis mejor de lo que queríais hacer ver, ¿verdad? —dijo al fin, dando una nueva calada al cigarrillo.

—Así es —acabó Sky, retomando el hilo de la conversación para dejar claro que no le preocupaba que se diera cuenta de ello—. Ya lo habrás supuesto, pero no me fío de los militares. En realidad, nadie de Ernópolis lo hace, y menos aún aquellos que se ven presionados por su influencia y sus veladas amenazas. Por eso no me gustaría descubrir todas mis cartas y conocidos delante de ellos.

—Y puede apostar que, si la policía ve peligrar su estatus con su presencia, los diseñadores y fabricantes de vehículos espaciales no tememos menos en este conflicto —continuó Scream—. Ya nos han dado numerosos problemas limitando las exportaciones para además obligarnos a fabricar los modelos que ellos quieren.

—La verdad, señor Scream, es que creo que si bien usted no parece un patriota declarado, diría que su postura de indiferencia tampoco se corresponde con lo que esperaría de su situación.

—¿Por qué cree eso, señorita Blades?

—Es muy fácil. Usted fabrica naves. El Coronel desea armas. Pocos negocios más lucrativos existen en nuestra sociedad que la venta de armas. De modo que una de dos: o bien es usted un idealista de los pies a la cabeza por negarse a fabricar muerte alada para el ejército, o bien es un mentiroso tan experto que hasta usted mismo es incapaz de saber cuándo está diciendo la verdad.

Scream miró a Blades con una expresión neutra, tranquila. La misma que hubiera tenido un jugador experto de póker de haber tenido en sus manos una pareja de doses o un full de reyes y sietes. Sin embargo algo sombrío se reflejaba en sus ojos. Unos ojos que, en otras condiciones, podrían haber resultado inquietantes, y que ni siquiera el propio Sky supo en ese momento traducir con certeza total.



—Tu chica se hace muchas preguntas, James. Es esa una virtud que escasea en estos días.

—Todos nos hacemos preguntas de vez en cuando.

—¿Y usted, Scream?

—Llámeme John.

—¿No se hace preguntas de vez en cuando?

—Claro que sí, señorita Blades. Soy un hombre muy inquieto, si quiere verlo así.

—Aun así, permítame decirle algo, si no le resulta indiscreto.

—Soy todo oídos.

—Si desea acercarse allí —señaló al fondo, junto a la barra, donde una mujer alta miraba hacia donde ellos estaban— debería hacerlo ahora que ha llamado su atención.

—Scream se quedó mirando a Blades una fracción de segundo, de manera similar a la reacción que él había provocado en Straxus con su pregunta anterior.

—Vamos, era evidente —prosiguió Blades—. Este numerito de enfadar al Coronel era para llamar la atención de ella, que no hacía más que mirar hacia esta mesa. Bien, ya lo ha conseguido, ahora tiene una excusa para entablar una conversación.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Sky, intrigado—. No la había visto antes.

—Eso es porque no hace mucho que ha llegado a Ernópolis I —prosiguió Blades—. Se trata de Felicity Hound, originaria del mundo colonial de Scorpon.

—Un momento —replicó Sky sorprendido—, ¿Scorpon no es uno de los mundos coloniales que está en guerra con la Tierra?

—Así es, en efecto. Pero Hound tiene inmunidad diplomática, por ser la hija de Isabella Hound, antigua líder del partido de la oposición en esa misma colonia.

—Algo he escuchado al respecto —agregó Scream, y por primera vez Sky notó que estaba dispuesto a dejar de fingir si con ello lograba obtener algo más de información—. Su animadversión hacia el Coronel no me pasó desapercibida desde el mismo momento en que me senté a esta mesa.

—Esa animadversión es mayor de lo que se imagina —continuó Blades.

—¿A qué se debe, entonces?

—Su madre fue encarcelada por los ejércitos terrestres, o eso se dice. Se cree que podría ser una presa de conciencia.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —intercedió Sky, subiendo las cejas.



—Eh, puedo parecer una piraña que sólo sabe devorar información, pero este caso siempre me llamó la atención. Al fin y al cabo, esta mujer nunca tuvo derecho a un litigio de acuerdo con las normas interplanetarias de juicios justos, o eso parece.

—Así que Emma Blades, abogada de causas perdidas —acabó Sky con media sonrisa—. Y yo que pensaba que la única causa perdida eras tú.

—Vaya, qué romántico —protestó ella dando una última calada al cigarrillo y encendiendo otro.

—Cuida bien a esta chica, James. Vale su peso en oro —terminó *Scream* dirigiéndose hacia su nuevo objetivo.

Sky y Blades siguieron hablando un buen rato, en lo que miraban de reojo de vez en cuando hacia donde estaba *Scream*, al parecer charlando animosamente con *Felicity Hound*. De repente, *Hound* propinó un sonoro bofetón a *Scream* y se alejó de allí, airada.

—¿Tu amigo siempre es tan peculiar cuando trata de acercarse a alguien? —preguntó Blades con ironía.

—Digamos que no le gusta hacer las cosas por el camino fácil —contestó Sky pidiendo, al fin, una copa para aclarar la garganta.

Cuando la fiesta empezó a decaer, *Felicity Hound* se disculpó y salió por la puerta delantera, donde un deslizador de gama alta la esperaba. El chofer salió con un paraguas para cubrirla de la ceniza y abrió la puerta de un modo que evidenció que llevaba mucho tiempo haciéndolo.

El deslizador se aventuró por las eternamente oscuras calles de *Ernépolis I* y se detuvo frente al hotel *Andrómeda*, el más famoso y caro de la ciudad. El chofer abrió de nuevo la puerta del coche, protegió a *Hound* de la desagradable lluvia negra hasta la entrada principal y una vez allí ella prescindió de sus servicios.

Un botones la acompañó hasta su suite en el ático y una vez allí le preguntó si podía ofrecerle algo.

—Nada de lo que deseo puedes conseguírmelo, cariño —fue la ambigua respuesta de *Hound*, tras la cual le dio una sonora propina y dejó instrucciones de no ser molestada.

Una vez en el ático, con las luces apagadas, fue andando hasta el balcón y se apoyó en la barandilla. Por un momento podía llegar a parecer una mujer cualquiera en un mirador de la ciudad, sólo escudriñando el infinito sin preocuparse por el pasado ni el futuro. Irónicamente, a pesar del



cuidado que su chofer había puesto, la ceniza estaba calando a través de su ligera ropa sin que le importara lo más mínimo, como si la actitud que mostraba ante los demás fuera parte de un trabajado disfraz.

‘Felicity Hound.

En una ciudad, pensó ella girándose de repente, que estaba llena de disfraces y actitudes engañosas.

—¿Eres tú, verdad? Ese protector de las calles de Ernópolis.

‘Yo no protejo a nadie más que a mí mismo y mis intereses.

—Entiendo. ¿Qué has venido, a castigarme, a ejecutar sentencia?

‘Todo depende de la gravedad del delito que haya cometido.

—¿Podré al menos presenciar a mi verdugo?

La sombra dio un paso y se dejó ver con más claridad, pero no salió del todo de la penumbra que la envolvía como una poderosa mortaja.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que harás ahora?

‘He estado investigando, señorita Hound. Usted parece ser uno más de esos ricos herederos intocables de fortuna inagotable, pero si mi hogar tiene una virtud es que consigue que todo el mundo se vea a través del prisma que mejor lo refleja.

—Te refieres a mi organización, ¿verdad?

La sombra no respondió.

—Sí, en efecto. No debería ser ninguna sorpresa que siga defendiendo las ideas de independencia de mi madre. Lo aprendí todo de ella. A aparentar, a fingir ser lo que no era. Porque si en este mundo eres un idealista entonces lo único que te espera será decepción y dolor.

»Pero la lección más dura la aprendí con su encarcelamiento. Comprendí que no se puede cambiar nada a través de los canales habituales. Por eso ahora dirijo un grupo en la clandestinidad más absoluta.

‘El SIL. Scorpon Independiente y Libre.

—¿Qué interés tiene un lobo solitario como tú en mi organización?

‘Ninguno. Esa no es mi guerra, al menos en lo que concierne a mis dominios. Pero las cosas han cambiado. Porque ahora en parte sí que me conciernen, por culpa del accidente.

—Yo no provoqué el accidente, si es eso lo que te estás planteando.



‘Sólo necesito mirar en sus ojos para saber la respuesta. Pero al mismo tiempo, sé que no me está contando todo lo que sabe. ¿Qué es esa armadura? ¿Qué interés tiene el SIL en ella?’

—No te equivoques, enmascarado. Nuestro interés es pasivo, no activo. Nosotros no queríamos usar esa servoarmadura. Lo que queríamos era que nadie la usara. Somos conscientes de que sólo la política y la diplomacia puede salvar nuestra colonia, y no la fuerza. Pero si esa armadura salía adelante, si se producía en masa, entonces mi gente sería masacrada sin remedio.

‘El proyecto Armor, ¿no es así?’

—¿Cómo sabes eso?’

‘Tengo mis fuentes, al igual que usted las suyas. ¿Qué tenía? ¿Espías? ¿Infiltrados?’

Hound no respondió. No hacía falta que lo hiciera.

‘La científica desaparecida. Ella era una infiltrada, ¿verdad?’

—Así es. Eileen Drift era uno de los nuestros. No te haces una idea de los sacrificios que conllevó introducir a alguien tan a fondo entre el enemigo. De obligarla a trabajar para ellos, y así sabotearlo desde dentro si era necesario.

‘¿Y sigue insistiendo en que no tuvo nada que ver con el accidente? Veo la inmólación como una posibilidad de acabar con el objeto de vuestros temores.’

—La cosa es más complicada que eso. Eileen nos traicionó. Planeaba robar la servoarmadura y venderla a la colonia que mejor la pagara, o incluso devolverla al ejército terrestre, con el incentivo adecuado de por medio. En cuanto nos enteramos establecimos un plan de emergencia con el objetivo de infectar la armadura con un virus.

‘¿Por qué no hacer algo así desde el principio?’

—Esa era la idea original, de hecho, y aunque Drift nos permitió el acceso online al sistema operativo de la servoarmadura no era seguro hacerlo sin haberla estudiado a fondo. Ahora estamos pagando las consecuencias de nuestra precipitación.

‘De modo que...’

—Sea quien sea quien esté en estos momentos bajo la identidad de Armor, está manipulando una servoarmadura tremendamente potente, pero también inestable, y que probablemente está quemando su cerebro a pasos agigantados. Caerá, sí, pero quién sabe a cuántos se llevará antes por delante.

‘¿Qué puede hacer esa armadura?’



—Manipulación de energía eléctrica, armas de energía cuerpo a cuerpo, fuerza aumentada, camuflaje, sensores altamente sofisticados. Pero puede que Drift nos haya ocultado sus capacidades más peligrosas.

‘Entiendo —dijo la sombra alejándose hacia la barandilla.

—¡Espera! ¿Vas a enfrentarte a ella? Pensé que no protegías a nadie más que a ti mismo y a tus intereses.

‘Sólo un necio, ya sea héroe o villano, dejaría suelto a un agente del caos como el que en este momento vaga por las calles de Ernópolis —acabó antes de saltar al vacío y perderse en la oscuridad, a la sombra de la grisácea y en ocasiones rojiza Nube.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó Sky nada más que Scream regresó al Aquerón, extenuado.

—Nos enfrentamos a un peligro como nunca antes hemos experimentado, sin duda. No porque Armor sea un arsenal andante, o sus poderes superen todo lo que hemos conocido hasta ahora. No, eso son sólo cortinas de humo que nos alejan del problema principal.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—El miedo, James. Armor se cree, sin duda, imparable. Ya sea por insensatez o por temeridad, no teme a nada ni a nadie. Por el momento es invulnerable a nuestra mayor arma. Y eso nos coloca, sin duda, en una situación comprometida para derrotarle.

—¿Qué hay de Felicity Hound? ¿Era necesario hacer que te odiara para aproximarte a ella?

—Tenía que evaluarla previamente, saber cómo era para comprender la mejor manera de acercarme a ella de incógnito. En cierto modo, es una versión indisciplinada de lo que nosotros somos. Está llena de voluntad y buenas intenciones, pero sólo eso.

—Hay algo más, o si no, no podría decir que te conozco.

—Tienes razón. El problema eran sus ojos.

—¿Sus ojos?

—Tiene los mismos ojos de idealista que tenía Aryn, James. Y la visión de esos ojos es para mí cien veces más insoportable que la más poderosa de las servoarmaduras —acabó Scream perdiéndose entre los largos pasillos del Aquerón.



EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

John Scream estará cara a cara con *Armor*, y además de eso, ¡conoceremos su verdadera identidad! ¡No puedes perderte ese momento!

colaboran:

tiendas:



www.atlanticacomic.com

editoriales:



www.alfaeridiani.com



www.edicionesevohe.com



<http://aroz.izar.net>



www.grupoajec.es/



www.ngcficcion.es/

ngc 3660

www.ngc3660.es

2010, Copyright Magnus Dagon por el texto.
2010, Copyright Ángel Romero por la ilustración de portada.

Web de Magnus Dagon: www.magnusdagon.com

Web del ilustrador Ángel Romero:

<http://atelierorangekoi.blogspot.com/>